

zon no precisara ya á ponerle término, se haria una enumeracion individual de las virtudes, adornos y variedad de su estilo. Se presentarian aquí todas las figuras de pensamiento y diction vestidas con aquella gala y bizarría, que tienen quando salen voluntariamente del regazo de la eloqüencia, sin que las arranquen por fuerza de los senos de la Retórica. Se descubriría la magestad con que se eleva en algunos lugares, la sencillez con que se acomoda á otros, y la nativa gracia con que los hermosea todos, y con esto se manifestaria juntamente, que es mucho mas fácil ampliar los elogios de este ilustre escritor, que moderarlos.

150 La propiedad de su locucion, unida á la invencion y disposicion de la fábula, forman de sus varias partes un todo uniforme, variado, que excita la curiosidad, y es tan agradable, que lleva divertido y embelesado al lector, hasta ponerle en proporcion de aprovecharse con utilidad de su moral.

ARTÍCULO VII.

DISCRECION Y UTILIDAD DE LA MORAL DEL QUIXOTE.

151 Dos son los principales medios de proponer á los hombres las verdades morales: los exemplos de las virtudes y vicios sacados de la Historia, y los consejos y preceptos para su imitacion, ó desprecio tomados de la Filosofía. La Fábula los abraza ámbos, y los anima y suaviza de modo, que su moral es su-

perior á la de la Historia y Filosofía. Los exemplos que nos propone la Historia son imperfectos, diminutos, y carecen del alma que les da la Fábula, la qual los pinta no como se encuentran en la sociedad, ni como ordinariamente son, sino como deben ser, retratándolos con toda la propiedad y verosimilitud precisa para ser creidos, y dándoles todo el fondo y extension que necesitan para hacer mayor impresion en el ánimo de los lectores. El historiador solo puede copiar la virtud y el vicio hasta el término que le permiten sus originales, pero el fabulista retrata los hombres con un pincel libre, manifestándoles sin limitacion su debilidad, su grandeza, sus pasiones, sus vicios y sus virtudes, para mostrarnos de un golpe toda su hermosura, ó deformidad, á fin de excitar nuestro amor, ó nuestro aborrecimiento.

152 La Filosofía se vale para corregirnos de preceptos y consejos; pero la Fábula, sin disminuir en nada su fuerza, los mejora, solo con despojarlos del sobrecejo y sequedad del Pórtico. El velo de la ficcion temple los vehementes rayos de las verdades morales, proporcionándolos á la debilidad de nuestra vista, y la propension con que naturalmente anteponemos lo agradable á lo provechoso, sirve de medio para inducirnos á la práctica de las severas máximas de la Filosofía, proponiéndolas con todos los halagos de una insinuacion dulce, y con todos los adornos de una discreta persuasion. A la manera que un camino largo, pero suave, ameno y diver-

tido, fatiga ménos y se anda con mas gusto, que una senda áspera y desabrida, aunque conduzca al término con mas brevedad: así perfecciona la Fábula las pinturas que la Historia dexa en bosquejo, y así tambien decora y viste las imágenes, cuyo desnudo esqueleto nos presenta la Filosofía.

153 Esta fuerza y discrecion con que se tratan las verdades morales en las fábulas, son las que causan su utilidad. La primera es mas precisa en las heroicas, y la segunda en las burlescas. Los asuntos serios necesitan realce, y los satíricos lenitivo.

154 De aquí nace la ventaja que tiene la moralidad de las fábulas burlescas. La sátira permite una cierta libertad para abultar sus objetos, y esta libertad corrige nuestras flaquezas, y fixa nuestra curiosidad mejor que la seria é indeterminada moral de las Épopeyas. No hay eco mas agradable á nuestros oídos, ni que hiera con mas fuerza al corazón humano que el de la burla y la ironía, quando las sazona y templa la urbanidad.

155 Este es el dictámen de Horacio, el qual como de un critico tan sabio y juicioso basta para autorizar la mayor utilidad del Quixote respecto á las fábulas heroicas, por la feliz y discreta eleccion que tuvo Cervantes en su objeto.

156 El mismo Horacio nos dexó encarecida la moral de Homero, graduándola por mejor y mas completa, que la de los célebres filósofos Crisipo y Crantor: elogio que prueba á un mismo tiempo el mérito del poe-

ta griego, y la madurez y circunspeccion del latino.

157 Entre los muchos autores, que se arrogan el derecho de calificar las obras útiles y provechosas, habrá quizá muy pocos que procedan con el tiento y juicio que Horacio. Este sabio poeta no se determinó á juzgar la Iliada y Odisea, hasta que las volvió á leer de propósito en el retiro de Preneste. Si le imitasen los que intentan formar juicio del Quixote, si leyeran ántes esta obra con reflexion é imparcialidad, moderarian tal vez sus censuras, y aplaudirian la discrecion de su moral y la utilidad de su enseñanza.

158 Lo cierto es que el principal fin de Cervantes no fué divertir y entretener á sus lectores, como vulgarmente se cree. Valióse de este medio como de un lenitivo para templar la delicada sátira que hizo de las costumbres de su tiempo: sátira viva y animada; pero sin hiel y sin armadura: sátira suave y halagüeña; pero llena de avisos discretos y oportunos, dignos de la ingeniosa destreza de Sócrates, y tan distantes de la demasiada indulgencia, como de la austeridad nimia.

159 Por este útil y divertido camino conduce Cervantes á sus lectores, enseñándolos é instruyéndolos desde el principio hasta el fin de su fábula. Su principal objeto es la correccion de los vicios caballerescos. Este es el primero, pero no el único asunto de su moral. En ella se comprehenden tambien aquellos defectos, que por ser mas freqüentes y

perjudiciales á la sociedad y literatura, hicieron mayor impresion en el ánimo del autor, zeloso del bien de los hombres y en especial de los de su nacion. De manera que la moral de esta fábula no solo es útil por los varios objetos que abraza, sino tambien por la discrecion con que los reprehende, á medida del esfuerzo preciso para desarraygarlos del espíritu del vulgo.

160 Esto claramente se ve en la correccion de las extravagancias caballerescas, la qual sobresale mas y tiene mayor realce, quando se dirige contra las que el vulgo miraba como acciones heroicas, y es mas sencilla y natural, quando se propone por objeto aquellas que se oponian directamente á la Religion y á las leyes. Tal era la costumbre de invocar los caballeros á sus damas para que los socorriesen quando se veian en algun apuro, ó en peligro próximo de muerte: costumbre característica de los caballeros andantes, como evidencian las leyes de la Partida; pero costumbre enteramente contraria á la Religion y aun á la razon misma. Cervántes para corregirla haciéndola ridícula, se valió del coloquio de Don Quixote y Vivaldo (II. 49), en el qual este interlocutor manifiesta con una razon tan clara y sencilla que la expresada costumbre era indigna del christianismo, y propia solamente de idólatras y gentiles, que dexó mudo á Don Quixote, sin embargo del necio y porfiado reson con que se empeñaba siempre en sostener y llevar al cabo todos los abusos caballerescos.

161 Así debia suceder en este que autorizaba á los caballeros andantes para consagrar sus errores, adorar sus imaginaciones, y persuadirse á que los atributos de la Divinidad existian en los objetos de su pasion, ó de su fantasía. Ceguedad mucho mayor que la del paganismo, pues este no ponía en el número de los inmortales sino á aquellos pocos hombres que habian sobresalido entre los demas por medio de hechos heroicos, extraordinarios y maravillosos, quando en la caballería andante se rendía este culto á las damas mas débiles, menos estimables, y aun á veces fingidas y supuestas. Claro es que una costumbre tan vergonzosa, y tan en oprobrio de la razon humana no necesitaba, para hacerla despreciable y ridícula, mas que una mera reflexión sencilla y natural, como la que Cervántes puso en boca de aquel discreto y festivo caballero,

162 Los que se preciaban de serlo se creian exentos de la autoridad de las leyes, superiores á los Magistrados, y obligados á cubrir con su sombra y proteccion á todos los delinquentes y facinerosos. Por este raro capricho llegó la caballería á trastornar los pactos fundamentales de la sociedad, y á contagiar ó inficionar con una generosidad falsa y aparente la parte mas noble y mas distinguida de la nacion. Cervántes deseando arrancar de raiz un vicio tan general y nocivo, empleó las armas de la ironía, de la moral y del escarmiento.

163 En efecto la hazaña que emprendió y llevó al cabo Don Quixote de dar libertad á los forzados que iban á galeras (II. 201), pre-

cedió de esta falsa generosidad; pero en su contexto y narracion está bien patente la ridiculez de semejantes acciones, la injusticia de los que las emprendian, y el desayre á que quedaban expuestos, tanto por la autoridad de la Justicia, quanto por la censura de las personas prudentes y juiciosas. Las prevenciones de Sancho á su amo luego que le manifestó este pensamiento (II. 190): la burla que hizo de él el Comisario quando se le propuso (II. 202): el desprecio, mofa, é insulto con que correspondieron los galeotes á su beneficio (II. 205): la retirada dentro de Sierra Morena á que le precisó el rezelo y temor de la santa Hermandad (II. 210): la seria y discreta reprehension del Cura (III. 48): la vergüenza que tuvo y el silencio que guardó Don Quixote al oírlo, y los retos necios é insensatos en que prorumpió, quando Sancho le descubrió como autor de aquel atentado, retratan toda su deformidad con unos colores tan vivos, tan naturales y graciosos, que no es fácil hallar preservativo mas oportuno para los que puedan adolecer de semejante extravagancia.

164 Nunca lo será la proteccion de la nobleza para con los afligidos y menesterosos, siempre que se gobierne por las leyes de la equidad, y de la prudencia, y que anteceda el previo é indispensable conocimiento de los hechos y de las personas. Pero no era así la que inspiraba á los nobles el espíritu caballeresco. Este les incitaba á defender todo lo que se acogia baxo de su sombra, y á impugnar quanto se resistia á sus antojos, sin mas exámen, ni otro

fundamento. Creian bien hecho todo lo que executase un caballero: y tenian por suficiente este titulo, para justificar qualquier crimen contrario á la razon y á las leyes, á las que solo les parecia que estaba sujeta la plebe. Así la falsa supersticion de los paganos adoraba en las aras de Júpiter los mismos atentados que castigaba con el último suplicio en los hombres.

165 De esta falta de discernimiento resultaba muchas veces, que la proteccion importuna de un caballero hacia más infelices las personas á quienes intentaba amparar. Cervantes que conocia este vicio tan propio de la vanidad caballeresca, fingió con singular discrecion que Don Quixote habia principiado sus fechos de armas, libertando á su parecer á un muchacho del castigo injusto de su amo (I. 33): que salió ufano y triunfante del hecho, creyendo haber dado un felicísimo y alto principio á sus caballerías: y al fin que habiéndose encontrado despues con el mismo muchacho, y renovado su vanidad con la memoria de aquel suceso, quedó avergonzado y corrido, sabiendo que su proteccion solo habia servido de aumentarle á aquel infeliz la pena, el castigo y la desdicha (III. 80). Las naturales y sencillas reflexiones del muchacho, y la despedida que hizo entónces de Don Quixote, son una correccion muy oportuna y sabia, y una burla donosísima de los que se entrometen por puro capricho, por ligereza, ó por vanidad en asuntos que no les incumben.

166 Tal era el éxito que naturalmente debian tener todas las aventuras, todos los hechos

caballerescos, y qualquiera reforma, ó proteccion intentada por los que pretendian seguir el rumbo de la caballería andante. Todo debia ser extraño y ridículo, supuesta la constitucion que tenia ya entónces la Europa, donde aquella reforma y esta proteccion eran ya, como debian ser, peculiares y privativas de los Soberanos y de los Magistrados.

167 De este ridiculo y desgraciado éxito de las aventuras de Don Quixote infieren algunos, que el objeto de esta fábula es únicamente reprehender y ridiculizar la caballería andante, como defecto peculiar de la nacion española. Este parecer han seguido varios autores extranjeros, que conforme á la debilidad del espíritu humano han abrazado con gusto la ocasion de pintar ridiculamente la gravedad española, lisonjeándose de que han tomado sus colores de la paleta de Cervántes. Si fuese cierta esta objecion, se confesaria ingenuamente, anteponiendo la sinceridad al amor de la patria y á la estimacion de Cervántes; pero la verdad es, que el espíritu caballeresco era comun á toda Europa, y que Cervántes fué demasiado sabio para ignorarlo, y muy honrado para ser ingenioso en desdoro de su nacion.

168 Esta verdad notoria á los sabios, no puede hacerse patente y manifiesta á todos, sin subir hasta el origen de la caballería andante, y delinear por menor las costumbres de aquellos tiempos: asunto que han ilustrado varios autores célebres; pero asunto vasto, complicado, é incompatible con el objeto de este Discurso, donde solo puede darse una ligera idea de él.

169 Tres fuéron pues las causas que concurrieron al origen y progresos de la caballería andante en Europa: la legislacion de las naciones septentrionales; el gobierno feudal, y la noble emulacion de las Cruzadas. En aquella legislacion el abuso de las pruebas negativas en los juicios introduxo la purgacion por agua y hierro, y la incertidumbre de esta prueba precisó á recurrir al combate judicial, que se extendió á toda especie de acciones y demandas.

170 Todas se reduxéron á hechos, y estos hechos se decidian en un duelo. Para arreglarlos se establecieron leyes muy singulares y discretas, en las cuales estaba enlazada la locura del hecho con la racionalidad del derecho: de modo que de su monstruosa union resultó la caballería andante vestida de todas sus extravagancias, á la manera que salió armada Minerva del cerebro de Júpiter.

171 El gobierno feudal era un estado perpetuo de guerra y rapiña, en que las personas débiles y desarmadas estaban siempre expuestas á los insultos de la fuerza y de la violencia. Aquel zelo guerrero y generoso que empezó á tanta muchedumbre de caballeros á tomar las armas para defender á los peregrinos oprimidos en la Palestina, aquel propio incitó á otros á proteger y vindicar la inocencia en Europa misma, reprimiendo la violencia de los poderosos, libertando los cautivos, y vendiendo á las mugeres, á los huérfanos, á los Eclesiásticos, y á todos aquellos que no podian por sí mismos tomar armas para resistir á

la fuerza abierta, ó para defenderse en el combate judicial.

172 De un objeto tan noble en su principio, tan preciso segun las circunstancias en que se hallaba la sociedad, tan útil á la mayor parte de los hombres, y tan aplaudido por el valor, humanidad, pundonor y justicia de los que le exercian, resultó la órden de caballería, órden de una gerarquía superior á todas las demas, pues que hasta los Reyes hacian vanidad de recibirla de mano de un caballero particular.

173 Las distinciones y prerogativas de la caballería inspiraron á varios hombres un fanatismo militar, que les induxo á emprender hechos muy extravagantes y desvariados. La ventaja que daban las armas ofensivas y defensivas de mayor fuerza y mejor temple, dió motivo al vulgo, que no penetraba, ni inquiria la causa de aquella ventaja, para persuadirse á que procedia de encantamiento.

174 La idea de los campeones protectores de la virtud y hermosura de las mugeres conduxo á un galanteo ciego y desatinado, y de este modo fué la debilidad humana viciando poco á poco la órden de caballería, hasta degradarla y reducirla al extremo de caballería andante.

175 Esta tuvo mayor auge quando por haberse introducido una legislacion equitativa, y afirmádose el poder monárquico, se desterró el combate judicial y la odiosa desigualdad que resultaba de la anarquía feudal. Entónces que la órden de la caballería no podia subsistir como ántes, porque sus funciones eran peculiares

de los Soberanos y Magistrados, no quedó otra ocupacion á los que querian hacer alarde de caballeros, sino entrometerse á reformar los particulares abusos, que les representaba como tales su antojo, su capricho, ó su pasion.

176 De aquí procedió y tomó cuerpo la manía caballeresca, que no pudo reprimirse, ni con la vigilancia de las leyes, ni con la autoridad soberana. De aquí el valor importuno y el galanteo idólatra, que se acreditaron mas y mas con el uso de las justas y torneos, y de los duelos particulares. De aquí finalmente un empeño continuo en impedir el curso de la justicia y substraerse de su poder, con otros excesos contrarios á la Religion, á las leyes y á la tranquilidad pública.

177 Las novelas caballerescas fomentaron estas ideas, y trastornaron la fantasia de los lectores, pintándoles campeones imaginarios, caballos alados y dotados de inteligencia, hombres invisibles, ó invulnerables, mágicos interesados en la gloria y reputacion de los caballeros, palacios encantados y desencantados, y hazañas portentosas é increíbles.

178 Aquellos excesos y estas ideas fueron el primer objeto de la moral del Quixote, y eran comunes á España y á toda Europa aun en los siglos quince y diez y seis. Cervántes intentó desterrar aquellos excesos y los libros que los autorizaban, y lo intentó sabiendo por experiencia propia, que su práctica y lectura era moda dentro y fuera de España, y que eran vicios de los hombres, y no precisamente de los Españoles.

179 Por esto previno en el prólogo de su fábula, que su primero y principal fin era *derribar la máquina mal fundada de los libros caballerescos, y deshacer la autoridad y cabida que tenían en el mundo y en el vulgo*, lo que igualmente confiesa su contrario Avellaneda; sin embargo del empeño con que en todo lo demas le zahiere, moteja y reprehender y por lo mismo procuró corregir los vicios á que inducia su leccion, impugnándolos con las invencibles armas de la razon y de la ironía, abrazando todas las extravagancias caballerescas, y particularmente aquellas que se oponian directamente á las máximas de la Religion, de las leyes y de la sociedad.

180 Para combatir las empieza Cervántes reprehendiendo irónicamente la preocupacion de creer, que la formalidad sola de ceñirle á uno la espada otro caballero, bastaba para darle autoridad de usar de ella, sin otra causa que su voluntad, y sin otros límites que los de su antojo. Á este fin pintando á su Héroe ya en campaña, dice que solo le hizo titubear en su propósito de ir por el mundo á buscar las aventuras, el pensamiento de que no estaba armado caballero (t. 10); mas para remediar esta falta propuso hacerse armar por el primer caballero que encontrase. Y como su fantasía fecunda en producir fantasmas caballerescas, se agitó con estos pensamientos, le representó como castillo una venta, como Castellano al ventero, como doncellas principales á unas rameras, y como trompeta militar el cuerno de un porquero (t. 14). Las ridículas escenas que en esta

venta sucediéron, ya quando Don Quixote suplicó al ventero que le armase, ya quando este le dió sus instrucciones sobre las cosas de que debía ir proveido, ya quando veló las armas en el patio, y ya quando se celebró la ceremonia de armarle caballero, son la mas graciosa y ridícula representacion de las vanas y extravagantes exterioridades en que se fundaba la caballería andante.

181 Cierto es que la costumbre de armar caballeros á los jóvenes, que iban á emprender el exercicio de las armas en defensa de su patria y tal vez de la Religion, no se debe mirar como una ceremonia vana. Los que hacen estudio de impugnar á Cervántes, y pintar como obra perjudicial su Quixote, en este y otros casos semejantes procuran confundir la justa sátira que hace este autor del abuso de las cosas, con el desprecio, ó impugnacion de las cosas en sí. Pero los hombres juiciosos y desapasionados conocen desde luego con quanta delicadeza y tiento supo el autor ridiculizar los abusos, sin impugnar los usos fundados en la razon. En este claro está, que la burla recae sobre la injusta costumbre de entrometerse un caballero particular á dar armas y facultad para usar de ellas á otro, sin mas autoridad que la de pedírselo á él el pretendiente. Los privilegios, las facultades y las distinciones solo son justas quando la autoridad legítima las confiere al mérito, y nunca pueden ser miradas con respeto las que por sí mismas se tomó la fuerza.

182 No es ménos digno de reprehension el abuso de las cosas sagradas, que censura nuestro

autor en la vela de las armas que hizo Don Quixote. Todos saben que los buenos católicos han procurado en todos tiempos implorar la asistencia del Dios de las batallas en los lances dificultosos y arriesgados, en que iban á entrar por su Religion, ó por su patria. Justo era tambien que el que emprendia la carrera militar con estos honrados y heroicos designios, buscasse el valor y la prudencia necesaria para tan glorioso como arduo exercicio en las bendiciones del Omnipotente: y así nada podia discurrirse mas acertado que las vigilias y velas de las armas, que hacian los pretendientes en las iglesias, ó capillas la noche ántes de ser armados (como prescriben los antiguos estatutos de las Ordenes Militares) consagrando á Dios sus armas y personas. Pero quando esta facultad de armar caballeros se la tomaron personas, que ninguna autoridad tenían para ello, quando la dignidad de caballero se buscó como puerta para poder oponerse á la Justicia, y como carácter que habilitaba al que le recibia, para emprender galanteos locos y aun casi idólatras, claro está que la vela de las armas era ya tentar á Dios, buscándole para apoyo de la maldad. Cervántes lleno de prudencia y de religion se burla de este abuso; pero para no profanar con las burlas los lugares sagrados, hace que la vela de Don Quixote sea en el patio, dando el ventero la excusa de estar caída la capilla.

183. Aquel mirar como cosa sagrada las armas de un caballero, á las cuales ninguno podia tocar sin serlo, está graciosamente ridiculizado en la aventura de los arrieros, que iban

á dar agua á sus reguas: y en la extraordinaria mania de Don Quixote, que quiso que en adelante se llamasen Don las dos mozas que le habian ceñido la espada y calzado las espuelas, está pintado con una graciosa ironia el capricho de mirar como dignas de la mayor atencion todas las personas, ó cosas que tienen alguna relacion con un caballero, capricho que ha autorizado á muchos, para que con el salvoconducto de una librea se atrevan á cometer desórdenes y á no respetar á la Justicia.

184. De un principio tan ageno de toda razon como dar facultades y preeminencias, quien ninguna autoridad tenia para darlas, y de unos campeones que empezaban la carrera de sus hazañas con la supersticiosa profanacion de las cosas sagradas, solo podian esperarse atropellamientos injustos, trastorno de la sociedad, desprecio de las leyes, y una continua transgresion de la moral christiana y de los primeros preceptos de nuestra Religion; pero cubiertos todos estos desórdenes con la brillante apariencia de procurar el bien de todos. En las varias y extrañas aventuras de Don Quixote se ven pintados todos estos abusos con tal viveza, que basta para detestarlos mirar en sus pinturas la vergonzosa ridiculez de los originales.

184. A qualquiera le provoca á risa la extravagancia de Don Quixote en querer que unos hombres, á quienes casualmente encontró en el camino, confesasen que la hermosura de Dulcinea se aventajaba á la de todas las mugeres del mundo (t. 4.º), y esto sin que ellos la hubiesen visto; ni tuviesen la menor noticia de

quien era. Á la verdad el que leyere este pasage, conocerá claramente que estaba loco quien tal disparate pretendia. El mismo concepto formará tambien viendo el reto que en medio del camino de Zaragoza hizo á todos los que no quisiesen confesar: *que á todas las hermosuras y cortesías del mundo excedian las que se encerraban en las Ninflas habitadoras de aquellos prados y bosques, dexando á un lado á la señora de su alma Dulcinea del Toboso* (vi. 114): y todos mirarán estos retos como tan disparatados, que se persuadirán á que solo pudieron existir en la fantasia de un poeta. Pero esto mismo que nos parece increíble por descabellado, es lo que encontramos celebrado en varias historias antiguas. El famoso Hernando del Pulgar en su libro de los *Claros Varones de España* ensalza hasta el extremo la famosa locura de Suero de Quiñónes en la defensa del paso de Orbigo, perpetuada en un libro intitulado *El Paso honroso*. El mismo Hernando del Pulgar Coronista de los Reyes Católicos conoció á Don Gonzalo de Guzman, á Juan de Merlo, á Juan de Polanco, á Alfaran de Vivero, á Pero Vazquez de Sayavedra, á Gutierre Quixada, á Diego do Valera y otros que se fueron por los reynos extraños á hacer armas con qualquiera caballero que quisiese hacerlas con ellos, sin otro objeto que lo que llamaban ganar prez y honra. Ve aquí los originales que copió Cervántes en los ridículos retos de Don Quixote, y los que supo retratar con tal destreza, que conservando todos los caracteres, en que se nota lo

parecido de la copia, descubrió todo lo ridiculo y despreciable de unas acciones, que aunque prueban el valor de quien las emprende, descubren al mismo tiempo el poco juicio de quien las imagina.

186 De aquí han querido inferir varios extranjeros, y aun algunos Españoles, que el Quixote destruyó las ideas del honor, y extinguió el fuego marcial, que ardia como en su propia esfera en los corazones guerreros de los invencibles Españoles. Pero Cervántes, que habia pasado su juventud en la verdadera escuela del valor, que es la guerra: Cervántes, que cargado de cadenas habia sabido procurar su libertad y la de sus compañeros con acciones las mas arrojadas, que conserva en la historia de los siglos la memoria de los hombres: Cervántes, que gloriándose de sus heridas, dijo, *que el soldado mas bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga*: Cervántes finalmente, que supo manejar con tanta libertad la espada como la pluma, así como conocia que la intrepidez del valiente soldado no debe detenerse por obstáculos ni riesgos, sabia tambien que el verdadero valor nace de la razon, y que no merece el nombre de valiente, el que no gobierna sus acciones con la invariable regia de la justicia.

187 Los que han querido defender que el espíritu caballeresco era útil para mantener la honradez en los nobles, el valor en los militares, y el pundonor en las damas, parece que no tienen siquiera noticia de lo que son los libros de caballerias, pues basta su lectura para

conocer que estas monstruosas y perjudiciales novelas destruían el verdadero concepto de la honradez y de las obligaciones características de los nobles, que desfiguraban la idea del valor, torciéndole á lo injusto, y haciéndole degenerar en temeridad reprehensible, y finalmente que al paso que colocaban el pundonor de las damas en puras exterioridades, franqueaban la puerta para la disolución mas abominable, enseñando tercéricas, tratos clandestinos, robos y otras abominaciones, que doraban con solo pintarlas como executadas con esfuerzo, ó con temeridad.

188 En los tiempos del gobierno feudal, en aquellos siglos en que no habia mas ley que la fuerza, es cierto que podian ser útiles los desfacedores de tuertos. Entónces podia decirse que esta expresion significaba las obligaciones de todo caballero empleado en defender á las viudas, proteger á los huérfanos, y defender á los injustamente perseguidos. Pero Cervántes escribió en un siglo en que ya establecidas en un pie respetable las monarquias, habia en ellas leyes que prohibian estos desórdenes, Magistrados que cuidaban de la observancia de estas leyes y de proteger á los oprimidos, y finalmente Monarcas á quienes apelar de los agravios que pudiesen hacer los mismos Magistrados: siglo en que, segun toda razon, debian ser no solo inútiles, sino perjudiciales á la distribucion de la justicia esos hombres que á fuerza de armas quisiesen desfacer tuertos. Porque supongamos que los Magistrados faltasen á la distribucion de la justicia, y que el Soberano

engañado cerrase los oídos á las quejas. Si en este lance (que es el mas estrecho que puede suponerse) saliesen esos hombres armados á restablecer la justicia, que no administraban ni los Magistrados, ni el Principe, el remedio de una injusticia particular produciria innumerables injusticias.

189 Pero si por desfacedores de tuertos entendemos los caballeros ú hombres poderosos, que emplean su autoridad y poder en beneficio de los desvalidos, autorizando sus quejas en los tribunales, sirviéndose de su cercanía al trono, para que lleguen á los oídos de los Soberanos los ayes de los miserables, que suele apartar la adulacion, y finalmente socorriendo sus necesidades con las copiosas sobras de sus rentas, no hay duda en que estos son utilísimos en el mundo; mas tambien es cierto que ni eran estos los campeones celebrados en los libros de caballerías, ni los impugnados en el Quixote, y que por consiguiente su autor está libre del cargo que quieren hacerle, de haber despojado á la nobleza de los pensamientos heroicos y grandes, que hicieron eterna la gloria de sus progenitores.

190 Ni eran ménos contrarias las novelas caballerescas á la idea y concepto que debe formarse del verdadero valor, pues en ellas se destruían las justas causas que deben ponerle en exercicio, substituyendo otras que son ilegítimas y viciosas: se referían hechos que por increíbles en el órden natural eran incapaces de excitar á la imitacion, y así solo producian una admiracion inútil: y finalmente se recurria para

las principales acciones á una especie de máquinias, que transformaban el valor en cobardía.

191 Quando el valor de los súbditos se ha reunido baxo la conducta de un caudillo, ha producido sin duda las acciones mas gloriosas y mas útiles para el beneficio de los pueblos. Pero este mismo esfuerzo separado y dividido en bandos y facciones particulares ¿ que perjuicios, que destrozos, que ruinas no ha causado á las naciones? Pues si miramos con ojos filosóficos y desapasionados el origen de estos males, veremos que no ha sido otro, que el querer sostener la autoridad particular contra la pública y legítima.

192 Las fuerzas que tenían los particulares, y que habían servido para la defensa de los estados, separadas de este digno objeto, se emplearon unas contra otras en daño de los mismos particulares y del comun. Cada uno porque era caballero y fuerte, creyó poder sostener sus derechos con sus armas, y canonizaron con el nombre de hechos valerosos las hostilidades cometidas contra sus mismos conciudadanos, y las rebeliones contra sus Señores legítimos. En esto colocaban el valor las novelas caballerescas, pintando Héroes respetados por la fuerza de su brazo: Héroes á quienes los mismos Soberanos hacían la corte, creyendo que de su capricho dependía la firmeza de sus tronos, y que si los descontentaban, eran capaces con sus esfuerzos de reducirlos del alto estado de Reyes al miserable de mendigos.

193 Cervántes que era mas filósofo de lo que muchos creen, descubriendo una de las

principales fuentes de estos daños en el errado concepto que hacían formar del valor y mérito de los caballeros estas monstruosas novelas; reprehende este vicio, pintándole con toda su ridiculez, quando Don Quixote refiere á Sancho la llegada de un caballero á la corte de un poderoso Rey (II. 179), las distinciones que este le hace, y finalmente que el caballero le saca victorioso de sus enemigos, venciendo muchas batallas y ganando muchas ciudades. Pero ántes que Don Quixote haga esta menuda descripción de los heroicos hechos del caballero imaginario, tiene una conversacion con Sancho, en la qual se da á conocer mas claramente el objeto de Cervántes. Propone Sancho á Don Quixote que en lugar de andarse por el mundo buscando las aventuras, se vayan á servir en la guerra á algun Emperador, ó Principe, y le demuestra con razones sencillas, pero convincentes, que aquel era el medio mejor de acreditar su valor, y alcanzar recompensas dignas. Don Quixote convencido con la fuerza de la verdad, le dice que tiene razon, pero le añade, *que ántes que se llegue á ese término, es menester andar por el mundo, como en aprobacion, buscando las aventuras.* Ve aquí pintado al vivo el desvariado concepto que tenían del valor y del modo de acreditarle. Ántes de emplear el esfuerzo en el servicio y defensa de la patria, quiere adquirir nombre con aventuras injustas y perjudiciales. Si es este el espíritu que echan ménos los impugnadores del Quixote, desde luego

les concederémos que Cervántes pretendió extinguirle. Pero sepan que á pesar de sus discretas burlas ha durado largo tiempo esta desatinada creencia: que han sido menester muchas leyes y mucho rigor, para contener los frecuentes desafíos, que producía el arraygado error de querer acreditarse de valientes fuera de las campañas: que en España se ha disminuido mucho este daño, no tanto por las sátiras de Cervántes, quanto por las sabias providencias de los Soberanos de la Casa de Borbon, y que sin embargo vemos aun lastimosamente en nuestros dias, que quieren acreditar su valentía en un duelo particular algunos, que quizá no son capaces de mostrarla al frente del enemigo.

194. No paraba aquí el perjuicio que las novelas caballerescas causaban al verdadero valor. Ademas de sacarle de su natural esfera, que es la guerra, y emplearle en acciones temerarias é injustas, le pintaban con tales colores, que al mismo tiempo que aparecia digno de la mayor admiracion, se descubria incapaz de ser imitado. Aquel ponerse un hombre solo delante de un ejército entero, y desbaratar sus esquadrones, arrebatarle sus banderas, y ganar una completa victoria, á qualquiera le parecerá que mas es un milagro, que un hecho valeroso. El derribar las murallas de un castillo, arrancar las puertas de una torre, y otras cosas semejantes, se miran como hechos de unos hombres de extraordinaria fuerza, y muy distantes de la esfera de los demas hombres: y así ninguno puede pre-

tender imitarlos, quando conoce por las experiencias cotidianas, que sus fuerzas son limitadas, y él incapaz de acabar empresas extraordinarias. Para que las hazañas que se nos refieren, nos provoquen á imitarlas, es necesario que las veamos en hombres como nosotros, y para esto es preciso que sean verosímiles.

195. El espíritu caballeresco no contento con atribuir estos hechos á los quiméricos Héroes de sus novelas, se atrevió á introducir semejantes ficciones en las historias, desfigurando de tal modo las hazañas de nuestros grandes Capitanes, que los hechos que contados sencillamente como fuéron, despertarían el valor de quantos los leyesen, referidos con tantas increíbles añadiduras, solo sirven para excitar una estéril admiracion, ó tal vez la risa de los que miran su inverosimilitud. Y esto es lo que nota Cervántes en boca del Canónigo de Toledo, que encontró á Don Quixote quando le llevaban á su Aldea (HL. 410). Mosen Diego de Valera refiere, que habiéndose echado á dormir la siesta el Cid sobre unos escaños el dia de las bodas de sus hijas, se soltó un leon, y entró en la sala, de lo que se asustáron grandemente los Infantes de Carrion sus yernos. Pero despertando el Cid los reprehendió tratándolos de cobardes, y ató el leon sin dificultad ninguna. Solo quien estaba infatuado con los desvarios caballerescos podia pintar como posible atar un leon, como quien ata un perro, y qualquiera hubiera tenido por loco á un hombre, que tra-

tase de cobardes á los que huían de un león. Estas fábulas bastarian para desacreditar al Cid, si no supiéramos otros hechos ménos maravillosos, pero que prueban mas claramente su valor. Quizá tuvo presente esta historieta Cervantes, quando pintó la temeraria aventura de los leones (IV. 201), con la qual y con otras temeridades que emprendió Don Quixote, y de que salió unas veces bien por pura casualidad, y otras mal por el órden regular de las cosas, ridiculizó las fabulosas valentías de las novelas caballerescas, que admiraban los simples, y solo podian imitar los locos.

196 Pero aun los mismos autores de los libros de caballerías conocieron la inverosimilitud de estas proezas referidas como obras del valor de los hombres solamente, y por eso recurrieron á los encantamientos. Estos les servian no solo para hallar una solucion fácil en los lances mas intrincados, sino tambien para hacer creibles las acciones, que eran superiores á las fuerzas de un hombre. Nació esta quimera de la preocupación, con que en los siglos de la ignorancia se creia maravilloso todo lo que no se comprendia á primera vista. Por esto (como ya se ha notado) luego que vieron, que en los duelos particulares algunos campeones tenian armas de mucha mas fuerza, que las de los demas concurrentes (efecto preciso de su mejor temple), como no conocian el mecanismo de esta causa, se diéron á creer que aquellas armas tenian una oculta virtud, que llamaron encantamiento. Las mismas leyes autorizáron esta

preocupacion, mandando que los jueces hiciesen registrar á los combatientes, para quitarles las yerbas encantadoras, caso que las llevasen, y para precizarlos á jurar que no tenian mas. De este modo se abrió la puerta á los encantamientos, prestigios y hechos de armas portentosos é increíbles: y estas semillas fecundadas en la fértil imaginacion de los escritores de novelas, produxéron tantas y tan ridiculas extravagancias, que no es posible referirlas todas. De aquí salieron los palacios y jardines encantados, de aquí las transformaciones repentinas, de aquí el quedar en un momento despojado de sus fuerzas un caballero el mas valiente y esforzado, y de aquí finalmente aquellos encantadores amigos, ó enemigos que ayudaban, ó impedian las proezas de los caballeros.

197 Por solo estar mezcladas con semejantes encantamientos las hazañas que referian las historias caballerescas, es preciso que fuesen del todo inútiles para excitar el valor. Pues ¿que valor hay en exponerse á las flechas del contrario, quando está uno cierto de que es imposible, que penetren la coraza encantada, con que está guardado el que las espera? ¿Y como ha de temer el sonrojo de salir mal de una empresa, el que tiene la excusa de que un encantador contrario estorbó su feliz éxito?

198 Estas reflexiones, que qualquiera podia hacer leyendo los libros de caballerías, hubieran bastado para hacer despreciables todas aquellas proezas y hazañas; pero el vul-

go, enemigo siempre de reflexionar, los leía con el aplauso que lee en nuestros tiempos los romances de guapos y bandoleros; llenos tambien de acacimientos falsos é imposibles: y aun la gente mas culta se contentaba con el gusto que causa lo maravilloso, sin querer tomar el trabajo de examinar lo cierto, ó verosímil. Cervántes para que las gentes conociesen lo ridículo de estas invenciones, sin el trabajo de reflexionar sobre ellas, y se convenciesen de que el verdadero valor no se funda en imaginaciones fantásticas, sino que nace de un ánimo noble, acostumbrado desde la infancia á mirar la honra con más aprecio que la vida, y persuadido de que esta se debe ofrecer gustosamente en sacrificio por la Religion, por la patria y por el Soberrano, representó en el quadro de su fábula la fantasma del encantamiento con todos los aspectos, que habia tenido en los libros de caballerías; pero descubriendo su inverosimilitud en todos ellos.

199 Burlóse de los palacios encantados en la aventura de la cueva de Montesinos (iv. 280), en que Don Quixote creyó haber visto á Durandarte, á Belerma, al mismo Montesinos y á otros personages, entre los quales no olvidó á la señora de su alma.

200 De las transformaciones por encantamiento son repetidas y graciosas las burlas que se encuentran en el Quixote. La de los gigantes en molinos de viento (i. 72), la de los exercitos en rebaños de carneros (ii. 126), la de Dulcinea en labradora (iv. 112), la del Ca-

ballero de los Espejos en el Bachiller Sanson Carrasco, y su escudero en Tomé Cecial (iv. 168) y la del que engañó á la hija de Doña Rodriguez en el lacayo Tosilos (vi. 88) son todas excelentes; pero sobre todas la del jaez en albarda, quando en la venta disputaba Don Quixote, que la bacía era el yelmo de Mambrino (iii. 342).

201 Uno de los efectos maravillosos de los encantamientos era quitar repentinamente las fuerzas á un caballero, para estorbarle alguna hazaña: de donde tal vez tuvieron principio ciertos hechizos y aligaciones, á que aun en nuestros tiempos suele dar crédito el vulgo. La burla que de esto hace Cervántes es muy oportuna. Don Quixote viendo por las bardas del corral que manteeban á su escudero, quiso socorrerle; pero molido de los golpes del moro encantado, y debilitado con la operacion del saludable bálsamo, ni pudo saltar las bardas, ni siquiera apearse, y al punto creyó que le habian encantado (ii. 114). Mas para acabar de descubrir lo ridículo de tales sucesos, es menester ver el discurso que despues de esta aventura hace Don Quixote á su escudero, proponiendo buscar una espada que estorbe el efecto de los encantamientos como la de Amadis.

202 Con todo, ninguna de estas cosas disminuía tanto el mérito de las acciones de valor de los caballeros andantes, como el suponer que cada uno tenia un sabio encantador que le ayudaba y otro que se le oponia, semejantes en algun modo á los dos principios